





Ryūnosuke Akutagawa

El biombo del Infierno

Ryūnosuke Akutagawa

Ilustraciones de **Marta Gómez-Pintado**



El biombo del **Infierno**

Traducción del japonés de **Rumi Sato**

Nørdicalibros

Título original:

Jigokuhen

© De las ilustraciones: **Marta Gómez-Pintado**

© De la traducción: **Rumi Sato**

© De esta edición: **Nórdica Libros, S.L.**

C/ Doctor Blanco Soler, 26 · 28044 Madrid

Tlf: (+34) 91 705 50 57

info@nordicalibros.com

Primera edición: mayo de 2023

ISBN: 978-84-19320-82-7

Depósito Legal: M-11023-2023

IBIC: FA

Thema: FBA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados

Alcobendas (Madrid)



Diseño y maquetación: **Diego Moreno.**

Corrección ortotipográfica: **Victoria Parra y Ana Patrón.**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DE LA TRADUCTORA

El budismo es una religión que cree en la reencarnación como resultado directo de las acciones acumuladas en vida (karma). Con el propósito de enseñar el bien y el mal, pero sobre todo para infundir miedo y aumentar la fe, durante el periodo Heian (794-1185) en Japón se elaboraron pergaminos ilustrados y pinturas que representan escenas de los diferentes reinos de la escala móvil de la existencia y que integran la cosmovisión budista de los continuos renacimientos, cuyo nivel más bajo es el inframundo. Este reino infernal está dividido principalmente en ocho regiones heladas y ocho regiones ardientes. El biombo mencionado en este relato representa las ocho regiones del Infierno Ardiente donde los condenados son atormentados con una infinidad de torturas en medio de llamas feroces.

Quizás no haya existido otra persona como el señor de Horikawa, ni existirá en el futuro. Se rumoreaba que antes de que él naciera, la imagen de la deidad Daiitoku Myō-ō¹ se le había aparecido a su señora madre en sueños, una señal de que desde el inicio de su existencia ya estaba destinado a no ser un hombre corriente. Hiciera lo que hiciera, se ganaba la admiración de todos. Por ejemplo, la magnitud de su mansión, no sé si describirla como magnífica u ostentosa, en cualquier caso, era una muestra de la osadía característica y fuera de lo común del señor. Algunos cuestionan sus comportamientos comparándolos a los de los emperadores tiranos Qin Shi Huang² y Yang.³

¹ Una de las cinco grandes deidades guardianas que representan el aspecto feroz de Buda, con seis cabezas y seis pares de manos y piernas. Venerado en Japón como una deidad poderosa que vence al mal. (*Todas las notas de la presente edición son de la traductora*).

² Primer emperador de China. Durante su reinado mandó erigir la precursora de la actual Gran Muralla china y elaborar los famosos guerreros de terracota (259-210 a. C.; r. 247-210 a. C.).

³ Emperador de la dinastía Sui de China, considerado uno de los peores tiranos de la historia del imperio. Fue derrocado y asesinado por el pueblo sublevado (569-618; r. 604-618).



Pero quienes así lo critican están equivocados, porque, como dice un adagio, los mediocres no son capaces de entender a los grandes hombres. El señor de Horikawa nunca fue codicioso, nunca estuvo obsesionado por acaparar riqueza y poder. Manifestaba una gran benevolencia a la hora de tratar a las personas humildes como si quisiera compartir con todo el mundo los bienes que le había concedido la vida.

Y tal vez por su bondad, no lo afectó en absoluto el incidente ocurrido con los cien demonios que merodeaban por el cruce de las avenidas Nijō y Ōmiya.⁴ Asimismo, ahuyentado por él, desapareció incluso el fantasma del antiguo gran ministro de la izquierda, Tōru,⁵ que se aparecía por las noches en el afamado jardín, inspirado en el paisaje de Shiogama de la provincia de Mutsu, de su inmensa mansión de Kawara en

⁴ Las calles principales de la capital Heian-kyō, actual Kioto. Los nobles tenían miedo a pasar de noche por la intersección de ambas calles a causa de la supuesta aparición de demonios y fantasmas.

⁵ Hijo del emperador Saga (soberano 52, 786-842; r. 809-823), miembro del clan Minamoto, o Genji. A veces se lo menciona como modelo para el príncipe Hikaru Genji, que es el protagonista del *Genji monogatari*, extensa novela episódica escrita a principios del siglo XI por la dama de honor de la corte imperial japonesa Murasaki Shikibu.

la avenida Higashi Sanjō.⁶ Estoy seguro de que él tuvo algo que ver en cómo se desarrollaron ambos hechos.

Con personalidad y poder tales, no era de extrañar que el señor de Horikawa gozara de tanta popularidad en aquella época entre los hombres y mujeres de todas las edades de la capital, quienes lo veneraban como a la reencarnación de un santo. Una vez, cuando regresaba a casa tras asistir a la contemplación de los ciruelos en flor, el buey de su carruaje se soltó y embistió a un anciano que pasaba por allí. Y este, a pesar de resultar herido, lejos de protestar, juntó las palmas y bendijo la suerte de haber sido alcanzado por el buey de tan distinguido señor. Y le acontecieron otros numerosos sucesos de este estilo a lo largo de su vida, sucesos dignos de ser recordados durante largo tiempo, si bien pudieran ser interpretados como un ostentoso desafío a la autoridad de su señor superior, su majestad el emperador. En ocasión de un gran banquete en la corte, el señor de Horikawa envió un espléndido obsequio de treinta caballos blancos, y otra vez ofrendó con devoción un sacrificio humano para

⁶ Tōru hizo reconstruir en Heian-kyō el fascinante paisaje de la playa norteña para disfrutar de él. Se convirtió en personaje de una obra de teatro tradicional *noh* del dramaturgo japonés Zeami como un fantasma que se aparecía las noches de luna llena y celebraba las mismas fiestas de cuando vivía.

la reparación del puente del río Nagara⁷ en la persona de uno de sus jóvenes criados predilectos;⁸ en otra ocasión se ofreció valientemente al experimento de un monje chino, que había aprendido el método de cirugía de Hua Tuo,⁹ para que le extirpara una pústula del muslo. En fin, de referirme a todos los episodios protagonizados por el señor no terminaría nunca. Sin embargo, entre todos, ninguno es tan espantoso como aquel referente al *Biombo del Infierno*, que hoy es uno de los tesoros artísticos de esa ilustre familia. Incluso el señor de Horikawa, que por lo general se mostraba imperturbable, pareció profundamente afectado en aquella circunstancia. Ni que decir tiene la conmoción que nos causó a nosotros, los que estábamos a su servicio. En particular, a mí, que llevaba veinte años sirviéndole, nunca antes ni después me había tocado presenciar un espectáculo tan tremebundo.

Pero para contaros esa historia, creo que es imprescindible que os dé a conocer en detalle la personalidad del protagonista, el pintor Yoshihide, autor de dicho biombo que representa el infierno budista.

⁷ Famoso en la literatura japonesa como símbolo del deterioro.

⁸ Sacrificio practicado antiguamente. Las víctimas solían ser voluntarios procedentes de la clase militar que ofrendaban su vida en honor a su señor.

⁹ Un médico chino famoso durante la dinastía Han (145-208). Fue el primer cirujano del país, y del mundo, en emplear anestesia general para una operación quirúrgica.



II

Al oír su nombre, es posible que algunos de vosotros lo recordéis. Fue un artista tan destacado que en su época se decía que no tenía rival. En el momento de este episodio, frisaría los cincuenta. Era un hombre bajo, escuálido, de mirada perversa. Y sin embargo, cuando se personaba en la mansión del señor de Horikawa, solía ir vestido con veste de caza *kariginu*¹⁰ de marrón amarillento oscuro¹¹ y tocado formalmente con el gorro *momieboshi*¹² como si fuese alguien de importancia. Con todo, su aspecto desprendía cierto aire de bajeza y sus labios húmedos llamativamente colorados, algo impropios de su edad, recordaban un animal carnívoro, haciendo que su presencia resultara realmente repulsiva. Algunos suponían que mojaba tanto los pinceles en la boca que sus labios acabaron tiñéndose. Otras personas de lengua viperina lo apodaban burlescamente «Saruhide» (Mono-hide), diciendo que sus movimientos se parecían a los de un mono.

¹⁰ Originalmente fue diseñado para la caza y luego, a partir del periodo Heian, se convirtió en vestido de uso diario de los aristócratas.

¹¹ Teñido con el jugo de los pimpollos de árbol del clavo que con su aroma perfumaba la tela. Era el color preferido de los nobles.

¹² *Eboshi*, gorro formal alto y lacado de negro propio de los cortesanos. En este caso el *momieboshi* es sin lacar y arrugado para darle una forma suave.

Hablando de ese apodo, voy a referir una anécdota. Por aquel entonces, la hija única de Yoshihide, de quince años, servía como dama de compañía en la mansión de los Horikawa. Era una muchacha encantadora que no se parecía en nada a su padre. Era madura y considerada, tal vez porque había perdido a su madre siendo muy pequeña, y tan espabilada que era capaz de llevar a cabo cualquiera de las tareas que se le encomendasen. Con lo cual, era muy querida tanto por la señora de Horikawa como por las otras damas que servían en la casa.

Un día, alguien regaló a la familia un mono amaestrado que había traído de la provincia de Tamba.¹³ El hijo del señor, que estaba en la edad de las travesuras, le puso el nombre de Yoshihide. El animal ya resultaba gracioso solo por su aspecto. Así que al darle tal nombre, no había nadie en la casa que no se riera de él. Lo malo era que todo el mundo no solo bromeaba con la bestezuela, sino que también comenzó a divertirse malintencionadamente llamándolo sin cesar por su apodo «Yoshihide, Yoshihide», y a la menor ocasión acusaban al macaco de perpetrar diabluras tales como subirse al pino del jardín,

¹³ Corresponde a una parte de las actuales prefecturas de Kioto, Hyōgo y Osaka.



o manchar el suelo de la habitación de las damas de servicio.

Un día que la hija de Yoshihide llevaba una rama de flores encarnadas de ciruelo con un billetito atado a ella, al pasar por un largo pasillo, vio aparecer al pequeño mono por una de las puertas correderas del fondo. Venía huyendo en dirección a ella, pero debía de haberse hecho un esguince en la pata, pues cojeaba y no tenía ni siquiera fuerza para trepar velozmente por las columnas como hacía habitualmente. Y además, detrás del animal venía el hijo del señor blandiendo una delgada rama a modo de látigo amenazándolo: «¡Ladrón de naranjas! ¡Alto, alto, que te voy a castigar!». La muchacha los observaba vacilante, pero justo en ese momento el mono se aferró a ella por la falda de su *hakama*¹⁴ sin dejar de chillar lastimeramente... Ella no pudo por menos que sentir pena por el animalillo. Sosteniendo la rama de ciruelo en una mano, con la otra estiró rápidamente la amplia manga de su *uchigi*, su kimono a capas, de color morado, y con ella cubrió al mono y lo aupó cariñosamente en brazos. Luego saludó al niño con una profunda reverencia diciéndole con voz serena:

¹⁴ Pantalón largo de pernera ancha y con pliegues que se viste con el kimono.

—Joven señor, no es más que un pobre animal. Os ruego que lo perdonéis.

Sin embargo, el niño, que estaba excitado, se mostró malhumorado ante ese ruego y mientras pataleaba en el suelo irritado, protestó:

—¿Por qué lo defiendes? No es más que un mono ladrón de naranjas, que lo sepas.

—Porque es un pobre animal que no sabe lo que hace... —insistió la muchacha, y tras sonreír afligida, se atrevió a añadir—: Y además, como lleva el nombre de Yoshihide, igual que mi padre, me parece que lo castigáis a él, y no puedo soportarlo.

Esas palabras debieron de hacer que el niño cediera.

—Está bien. Ya que me lo pides en nombre de tu padre, lo perdono, aunque no es justo —rezongó, y arrojó el improvisado látigo al suelo volviendo por donde había venido hacia la puerta corredera del fondo.

III

A partir de entonces la hija de Yoshihide y el mono se hicieron compañeros inseparables. Ella tenía un cascabel dorado que la hija del señor le había regalado. Lo



ensartó a un bonito cordón rojo y se lo colgó al mono del cuello. Y el simio no se separaba por nada del lado de la muchacha. Una vez cuando el resfriado la postró en cama, el mono permaneció a la cabecera de la joven, mordiéndose ansiosamente las uñas sin parar.

Ante esa situación, era curioso que ya nadie se atrevía a maltratar al mono. Más bien, todo lo contrario, poco a poco todos comenzaron a quererlo, hasta tal punto que el pequeño hijo del señor no solo le daba caquis y castañas, sino que llegó a enfadarse mucho cuando pilló a uno de los guardias de la casa dándole una patada. Después de ese suceso, el señor de Horikawa llamó a su presencia a la hija de Yoshihide junto con el mono al enterarse del comportamiento de su hijo. Sin duda, de paso el señor se había informado de la razón por la que la joven dama le tenía tanto cariño al mono. «Eres una buena hija, merecedora de un sinfín de elogios», afirmó el señor. La muchacha recibió de él un kimono *akome*, una de las capas interiores, de color granate, en premio a su amor filial. En ese momento, el mono imitó a su ama e hizo ademán de recibir la prenda respetuosamente, y ante esta reacción del simio el señor se puso aún de mejor humor.

De esta manera, el señor de Horikawa comenzó a favorecer a la muchacha movido por la admiración

tanto hacia su actitud con el mono como por el amor de hija en que basaba la protección que le prodigaba al animal, pero jamás por motivaciones espurias tal y como se murmuraba en la corte. Bueno, aunque en realidad hubo ciertos hechos que dieron lugar a tales murmuraciones, pero me referiré a ellos más adelante. De momento, basta con aclarar que por muy hermosa que fuera la muchacha, un caballero como mi amo no era de la clase de hombres que fantaseara con tener una aventura con la hija de un simple pintor a su servicio.

Pues bien, tras recibir tales honores de su señor, la hija de Yoshihide se retiró de su presencia. Asimismo, en ningún momento por su discreción y modestia se convirtió en blanco de la envidia de sus compañeras. De hecho, desde entonces tanto ella como el mono fueron aún más queridos por todos y, en particular, por la hija del señor de Horikawa. Esta buscaba permanentemente a la muchacha de dama de compañía e incluso la llevaba consigo en su carruaje en sus salidas de esparcimiento.

Pero por el momento voy a dejar de relatar sobre la hija del pintor para volver a hablar del padre. Si bien el mono había llegado a convertirse en una presencia popular en la mansión, un hombre como Yoshihide seguía siendo odiado por todos,



que lo llamaban con desdén a sus espaldas «Saruhide» igual que antes. Y esto no sucedía solo entre los miembros de la casa. En efecto, su reverencia el sacerdote *sōzu*¹⁵ de Yokawa¹⁶ lo detestaba tanto que solo con oír mencionar su nombre, se le demudaba el gesto como si se hubiera topado con un demonio. No obstante, se decía que su hostilidad se debía a que Yoshihide había dibujado unas caricaturas alusivas a la conducta del sacerdote. Pero, en fin, como comprenderéis, se trata de los chismes que se escuchan en la calle, por lo que no se puede afirmar que fuera cierto. De todos modos, no importaba a quién se le preguntara por Yoshihide, la gran animosidad que inspiraba este hombre era unánime. Si había alguien que no hablase mal de él, serían un par de colegas o que tal vez solo lo conocían por su obra artística y no por su persona.

Sin embargo, en realidad, Yoshihide no solo tenía un aspecto repulsivo, sino otros defectos que provocaban aún más rechazo, por lo que el ser tenido en general por un hombre desagradable se originaba en su propia naturaleza.

¹⁵ El segundo rango tras el primero de *sōjō* en el sistema japonés de clasificación del clero budista.

¹⁶ Uno de los tres recintos principales del complejo monástico de Enryaku en el monte Hiei, al noreste de Kioto.

IV

Era brusco, descarado, vago, mezquino y codicioso..., pero lo más intolerable en él eran su prepotencia y orgullo por considerarse el mejor pintor de Japón, de lo que presumía manifiestamente. Y si esto fuera poco, también se creía superior en otros aspectos. Con tal de poner a salvo su obsesivo orgullo, era capaz de burlarse de todo, incluso de las buenas costumbres o de las formalidades mundanas. Según un discípulo de Yoshihide, que trabajó durante años en su taller, cierto día en la residencia de un aristócrata, un espíritu maligno poseyó a la famosa médium de Higaki. Mientras el espíritu transmitía un terrible mensaje al noble a través de ella, Yoshihide, como quien oye llover, tomó el pincel y la tinta china que estaban a su alcance, y se puso a dibujar con minuciosidad el rostro horriblemente transfigurado de la médium. A Yoshihide la maldición del espíritu debió de resultarle una simple niñería a cambio de lograr la perfección artística.

Así de perverso era Yoshihide que para pintar la imagen de Kisshōten,¹⁷ la diosa de la felicidad, la

¹⁷ Representa una mujer hermosa que sostiene en la palma de la mano izquierda una mítica gema redonda capaz de conceder deseos a quien la porta.

fertilidad y la belleza, tomó de modelo el rostro de una vulgar prostituta; y para la imagen de la deidad guardiana Inamovable, Fudō Myō-ō,¹⁸ lo representó como un villano infame, faltándoles totalmente el respeto a ambos seres celestiales. Si alguien se lo reprochaba, él respondía con sorna: «Me extraña que los dioses que pinto quieran castigarme a mí». Ante esa actitud tan descreída del maestro, los discípulos se quedaron tan asustados que no pocos de ellos abandonaron el taller para siempre, temiendo algún castigo divino que pudiera caerles en un futuro.

En conclusión, podría decirse que Yoshihide era un hombre arrogante en extremo que estaba convencido de ser el único genio del universo.

Ni que decir tiene que Yoshihide se creía más que merecida su destacada posición en el mundo artístico. Su pintura resultaba muy peculiar, tanto por las pinceladas como por la manera de aplicar el color, nada parecidos a las técnicas de los demás, y por eso sus colegas rivales lo tildaban de farsante. Ellos argumentaban que las obras como las de Kawanari o

¹⁸ La más importante de las cinco grandes deidades guardianas que representan el aspecto feroz de Buda (ver nota 1) y que se cree que fulminan todo tipo de espíritus malignos.